

## ¿Por qué fotografiar? Escritos de circunstancias 1982-1994

### Sobre el fuego y la combustión

#### **Necesidad de sustituir la acción intuitiva por la acción reflexiva**

Hay dos tipos de combustión, la lenta y la rápida. La lenta ocurre sin llama, y por ello dura más, aunque es menos espectacular que la rápida. Algunas disposiciones de troncos favorecen más a la una que a la otra. Pero todo fuego comienza, siempre, con una combustión viva y llameante. Sin llama no hay principio.

Los objetos de combustión rápida —como por ejemplo el papel— pasan, mientras arden, de su estado primitivo, el de su forma original, a uno informe. Ya quemados sin embargo conservan, durante breves momentos, un resto, deformado pero no carente de belleza, de su forma original, a la cual recuerdan.

Para que un tronco en estado de combustión lenta pueda llegar a arder con llama necesita de un aporte de energía del exterior, así una corriente de aire, u otra llama. Para que no se apague, esa combustión lenta necesita de la cercanía de otro tronco igualmente en estado de combustión lenta. El uno permite que el otro siga quemándose, y viceversa.

Una buena chimenea no cambia su comportamiento porque afuera haya viento o llueva. Una chimenea es buena cuando, independientemente de lo bien o mal que estén colocados los troncos, no existe en ella la posibilidad de que el humo vaya a la habitación. Cada chimenea posee características propias. El foguero debe aprender a conocerla para llegar a ser capaz de aprovechar sus rasgos particulares. La chimenea siempre permanecerá igual a sí misma, no puede modificarse, y si la sometemos a una reforma ya no será la misma chimenea

de antes. Es el foguero quien cambia en su aprendizaje de las características de la chimenea.

Si se desatienden las sutiles señales que emite el fuego para indicar lo que quiere que hagamos con él no hay perdón, el fuego simplemente se apaga. Hacer y cuidar bien un fuego exige humildad. El sujeto activo no es el foguero, sino el fuego, a cuyo servicio debe sentirse el foguero.

Hacer un fuego no debe limitarse nunca a lograr que arda la madera. Además debe cuidarse la forma en que se disponen los troncos, atendiendo a su correcta oxigenación —es importante evitar obstrucciones generadas por un amontonamiento apresurado de material—, a su equilibrio estático, y a la belleza del conjunto. Calentarse no debe ser, no es el único objetivo. Más aún, el fuego dura menos cuando el único móvil es el calor. Atender a la forma, al placer estético, desinteresado, vale la pena, pues arrastra consigo mayores dosis, por más prolongadas, de calor, de placer interesado. La dificultad radica en que la disposición debe modificarse con una cierta frecuencia, pues de lo contrario el fuego se extinguiría. Las decisiones acerca de esos cambios deben tomarse con rapidez y sin titubear, y serán tanto más acertadas cuantos menos troncos haya que mover. La decisión inicial, es decir, la que se realiza en el momento de encender el fuego, es, en definitiva, de una importancia máxima, aunque luego siempre quepa corregir. Hay que tener en cuenta que los troncos cambian de forma a medida que avanza la combustión. Lo que al comienzo es un conjunto equilibrado desde el punto de vista de la estática se convertirá, por la dinámica misma de la combustión, en inestable, y acabará derrumbándose si no lo impedimos.

El fuego refleja el nivel de desarrollo y el estado de ánimo de quien lo hace.

El fuego no surge por generación espontánea. Nace a partir de una decisión.

No tiene sentido encender un fuego si no existe la intención de cuidarlo.

Hacer y cuidar bien un fuego implica correr el riesgo de quemarse, supone saltar la frontera que separa la postura conservadora de la atrevida y audaz. El fuego transforma al que lo cuida.

(1991)